

ACERCA DE LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

En el último tiempo, distinguidos comunistas del país se han lanzado a la tarea de reinterpretar el pensamiento de Marx sobre la religión. Este súbito interés teológico tiene un fin preciso: el diálogo católico-marxista. De creer a tales discípulos de Marx, su maestro, aunque ateo, respetaba la religión y, más aún, le concedía un valor positivo; la manoseada cita de la religión como "opio del pueblo" sería la típica maniobra capitalista de las frases truncas, aisladas de su contexto y distorsionadas. Uno de estos intérpretes ensaya la vía fisiológica y nos hace saber que, en tiempos de Marx, el opio se consideraba un benévolo analgésico y no una maligna droga estupefaciente. Otro de ellos se lanza a la reinterpretación del contexto íntegro de la frase: la religión, siendo "el suspiro de la criatura abrumada, el corazón de un mundo sin corazón", se beneficiaría del evidente valor de los suspiros, así como de la nobleza de todo corazón, incluso del corazón sin corazón.

En su tardío entusiasmo religioso, y de cara al diálogo con los creyentes —chilenos, por cierto, no rusos ni ucranianos— sólo les falta descubrir que en tiempos de Marx el opio era una excelente sustancia curativa y alimenticia.

Leyendo sin prejuicios ése y otros párrafos paralelos de Marx, es imposible eludir la fobia, el furor contenido o incontenido, el rechazo incondicional que dedica a Dios, a los dioses y a cualquier forma posible del sentimiento religioso. La religión es para él la alienación suprema de la historia, la más irreal, negativa e ilusoria de todas, "la realización fantástica de la naturaleza humana", la única alienación que no contiene *nada* real ni rescatable en la futura sociedad comunista: la pérdida radical de sí mismo. Y como tal, llama a la religión "pura miseria" y "abyección": "la crítica de la religión es la condición de toda crítica" (y ya se sabe lo que significaba para Marx la "crítica": "su objeto es el enemigo, al que no quiere refutar sino aniquilar"). De allí que "la desaparición de la religión en tanto que felicidad ilusoria del pueblo es una exigencia de su felicidad real".

He estudiado por años el pensamiento de Marx, y lo he hecho con una relativa frialdad; hace poco el profesor Konrad Löw me repro-

chaba* una casi simpatía por Marx y en todo caso el no ser tan anti-comunista como él. Pues bien, estoy cada vez más convencido de la radicalidad del ateísmo marxista, y de la función central que éste juega como principio estructurante de la totalidad de su pensamiento. En cuanto a Lenin (y los mencionados intérpretes criollos son ciertamente leninistas) no hacen falta muchas sutilezas. Nadie pensará que estas citas tuyas son “truncas” dentro de un contexto devoto: “Cualquier fe religiosa, cualquier idea de Dios, e incluso cualquier inclinación a la idea de Dios, constituyen una inexplicable bajeza”; “la religión es el vodka espiritual donde los esclavos del capitalismo ahogan toda forma humana”.

Lo que tales “reinterpretaciones” locales se traen es, pues, un canto de sirena dirigido al catolicismo chileno (y latinoamericano) y sobre todo al clero, considerado como el campo de proselitismo más promisorio para la teoría y la praxis marxista-leninista. Dentro del campo eclesiástico, a su vez, la colaboración con el comunismo se intenta justificar con proezas verbales y teológicas comparables a las de sus interlocutores. No me detendré en ellas, por inconsistentes. Prefiero enfatizar el resultado casi indefectible de su puesta en práctica, a saber: la facilidad del marxismo-leninismo para engullir y fagocitarse, casi sin residuos, a la parte cristiana de esa colaboración y aún de ese diálogo. Conclusión que nada tiene de extraño, si se examina el programa confeso de los católicos más radicales al respecto, léase Cristianos por el socialismo y movimientos análogos.

Ellos no pretenden, en efecto, influir en la revolución marxista leninista o apartarla de su doctrina original, y menos aún “cristianizarla” o siquiera añadirle alguna diferencia específica cristiana, intención que les parece irrespetuosa de la pureza “científica” del marxismo. Pretenden, al contrario, asumir la teoría y plegarse a la praxis de tal revolución considerada en sí misma como un deber cristiano, con algunas reservas mentales tan sutiles que llegan a ser imperceptibles.

En cuanto a la parte cristiana menos radical al respecto, sus fines pueden ser muy distintos —conseguir objetivos comunes, “juntos pero no revueltos”—, sin embargo, tanto su buena voluntad como la larga

*El prof. Lów es autor de *La fascinación del comunismo*. Edit. Jurídica de Chile. Santiago. 1983.

y sabia praxis marxista leninista suelen conducir al mismo resultado: fagocitarse éstos y aquéllos.

Si no pareciera irónica toda alusión celestial en esta materia, diría yo que el marxismo leninismo no podía soñar un regalo del cielo comparable a la teología de la liberación en América Latina, o por lo menos a la corriente central de esta teología. Recibir del que saben su obstáculo más sólido —el catolicismo— la entrega de una porción significativa de sus huestes, sobre todo de sus mandos medios —clérigos— y esto sin mayores condiciones, más bien al contrario, en nombre de su propia teología, es como para que el marxismo incluya al cielo entre sus creencias. La elaboración teológica de la liberación, en nombre de la cual reciben este don, me recuerda a Humpty Dumpty, aquel personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, para quien las palabras significaban lo que él decidía que significaran. Fue a Humpty Dumpty a quien invoqué yo, en una ya lejana polémica con Ernesto Cardenal, cuando le oía enunciar las palabras Cristo, Redención, Juicio, Reino, aplicándolas con el mayor desenfado al... paredón de Fidel en Cuba. Hoy, la praxis semántica más habitual de cierta teología de la liberación parece ser la misma: hacer decir al Evangelio —en su relectura marxista— justo lo contrario de lo que dice.

Para dar una idea de este malabarismo y de su incongruencia, emplearé el recurso del contraste simétrico, a la manera de *Alicia a través del espejo*: imaginaré el revés de esa teología de la liberación, un marxismo que se arrodilla ante la Iglesia. Supongamos que una porción importante del marxismo leninismo en América Latina emprende una revisión tan profunda de sus principios, que da en llamarse "sociología de la salvación" o "marxismo cristiano", y que sus voceros oficiales hablan así: hemos ensayado una relectura cristiana de Marx y una desmitologización de su presunta ciencia; ella nos ha convencido de que su irreligión o "ateísmo científico" fue un mero producto de la circunstancia histórica y del componente cristiano de los capitalistas de su época. Este mismo equívoco nos lleva a dudar de la praxis revolucionaria como fuente de toda verdad teórica, y al contrario, ahora profesamos como nuestro punto de partida epistemológico la innegable existencia de Dios y su revelación en Jesucristo. Dentro de esta nueva exégesis, nuestro "materialismo histórico" designa simplemente el énfasis en el misterio central de la Encarnación

—el Verbo se hizo *carne*—, en la materia sacramental de la salvación, y en el condicionante histórico del trabajo físico y de la economía, según la sentencia bíblica: “comerás el pan con el sudor de tu frente”. Por su parte, la “dialéctica”, una vez desmitologizada, designa sólo la necesaria tensión o antagonismo que mueve la historia, siendo sus polos contrarios, eso sí, el bien y el mal, siendo la historia misma una lucha continua entre estos dos principios morales supremos.

Supongamos, aún, que esta historieta fantástica —reverso de la otra, dolorosamente real— continúa así: los “sociólogos de la salvación” nos dicen entender por “lucha de clases” el necesario énfasis en el elemento activo de la no-violencia, inspirada a su vez en el amor fraterno; y que “dictadura del proletariado” es para ellos tan sólo el término que expresa su oposición a las dictaduras burguesas y al fascismo, y que el “comunismo” significa la necesidad de un área de propiedad social, así como su condenación de los excesos de la propiedad privada. Acuciados tal vez por la misma sospecha sobre Humpty Dumpty que nos suscita el movimiento simétricamente inverso —la teología de la liberación—, preguntaríamos a estos voceros del marxismo cristiano por qué siguen llamándose aún marxistas y no cristianos a secas. Y si nos respondieran que ese trata de un recuerdo de familia, de un término de valor afectivo que designa su itinerario hacia la fe cristiana, ciertamente no haríamos ya cuestión alguna sobre el diálogo y la colaboración —cosas más bien superfluas cuando todos pensamos lo mismo—, y olvidados ya de minucias semánticas, unos y otros agradeceríamos al cielo por este súbito regalo, y terminaríamos rezando juntos a los pies de la Virgen del Carmen, con la sola y notable ausencia de ciertos teólogos de la liberación. Ellos, escandalizados por este contubernio que retrata en imagen invertida su propio itinerario —su relectura marxista de los evangelios— se apresurarían a ocupar las vacantes filas de la revolución marxista leninista.

Me he permitido esta improbable fantasía para contrastar mejor un fenómeno tristemente real, la peregrinación de ciertos cristianos hacia los altares de Marx y Lenin. Quién sabe si estos meros ejemplos ilustrativos —metáforas de teología-ficción— no contengan un

cierto atisbo de verdad futura. La Iglesia Católica reza con esperanza por la conversión de Rusia al cristianismo. Tal vez deba hacerlo también por la ortodoxia de los teólogos de la liberación y su permanencia dentro del Cuerpo de Cristo.

J. M. IBÁÑEZ